

## Derecho de Imagen

Ya faltaba poco. Entraba luz por la apertura al final del tubo para bailar sobre el mismo chorro de agua fétida por el que Djarlek estaba deslizándose su barriga. Demasiada luz, pensó, para su gusto, pero era esta noche o nunca, con o sin luna. Cuando llegó a la rejilla encargada de evitar la huída de gente como él, su corazón era ya como un maniaco claustrofóbico retenido en la jaula de sus costillas. Bendito seas mi viejo amigo Tolen, murmuró al encontrar que la rejilla estaba suelta. Se dejó caer lo más silenciosamente posible al charco maloliente y trepó por la orilla fangosa. Se puso medio en pie para hacerse una idea de sus alrededores.

-¡Quieto! ¿Quién va?

De pronto estaba siendo iluminado. Entornó los ojos para intentar distinguir alguna faceta de su antagonista, pero sólo se apreciaba una sombra tras el foco.

Djarlek había sido un intelectual pacifista. Había escrito cuatro libros y llegado a ejercer una considerable influencia tanto en círculos filosóficos como en sus muchos seguidores activistas. Pero desde entonces había vivido cinco años eternos y una sobredosis de sufrimiento. Empezó a toser fuertemente.

-¡¿Quién va?!

El soldado se le acercó, todo el tiempo apuntándole con (entre otras cosas, seguramente) la linterna. Djarlek continuó tosiendo aún más frenéticamente, cubriéndose la boca con las manos. Aprovechó uno de sus convulsiones más enérgicas para expulsar de bajo su lengua un curioso aparato de fabricación propia compuesta esencialmente por un clavo y una goma.

-¡Responde o disparo!

Djarlek liberó el mecanismo a la vez que echó su cuerpo hacia un lado, anticipándose al haz coherente y letal que brotó en su dirección. El clavo hizo blanco en un ojo del soldado y éste cayó cadáver sin más que un espasmo o dos. El fugitivo de nuevo dio gracias sotto voce, esta vez a su intuitiva puntería, cogió el arma de su ex-agresor y contempló por un instante la enorme expansión de cúpulas sombrías y torres iluminadas que era la ciudad antes de dirigirse veloz pero cautelosamente hacia ella.

\* \* \*

Esa mañana yo era la envidia de todos en el colegio. La señorita Joëlle acababa de decirnos el nombre del ganador del I Concurso de Ensayo Juvenil de Nuevo Huston, y el afortunado era Emanuel Clutz, es decir, yo. La señorita repitió varias veces que la importancia de la mención trascendía a la del premio (dos entradas para el estreno de *La Amenaza de los Voulkas VI* seguido de té con Tony Galgas), pues el jurado lo había formado algunos de los miembros más distinguidos del gabinete del mismísimo Presidente. De todas maneras, aunque yo asentía cada vez que me lo recordaba, porque ella también parecía bastante emocionada y no la quería desilusionar, lo que hacía revolotear algo en mi estómago era que esa misma tarde conocería al gran Tony Galgas. En mi mente ya me estaba ofreciendo el papel de héroe en su próximo holo, *La Amenaza de los Voulkas VII*, junto a su bellísima hija

Irene Galgas, que de hecho era mi amor secreto. Entonces yo sería el que la salvara de los diabólicos vouldkas, pero por esta vez lo tendría que seguir haciendo Terastrum. A pesar de mis celos, cada vez que lo veía enfrentándose con cientos de aquellos monstruos tenía que admitir que era valiente. Aunque era verdad también que sólo era un holo, pero por lo general eso se me olvidaba.

A la salida me alegré de ver que mi abuelo había venido a recogerme. Para que fuera mayor después su sorpresa, empecé a andar hacia él lentamente y con aire triste, mirando el suelo y dirigiéndole alguna que otra patadita desanimada, pero vi en su sonrisa que algún miserable chivato ya le había dado la noticia, así que corrí hacia él riendo y saltando y me cogió en brazos y me dio vueltas. Estaba seguro que los observadores estarían aún más envidiosos, si cabía, al ver que tenía un abuelo tan fuerte para su edad. La única nube en mi cielo era que sólo me habían dado dos entradas, y no sabía si invitarle a él o a mi madre.

Cuando llegamos a casa encontramos a mi madre ya de vuelta del laboratorio y leyendo en el sofá. Esta vez sí que tuve ocasión, compinchado con mi abuelo, de hacerme el desilusionado perdedor unos momentos hasta que le dije que había ganado. Los dos sonreían y me decían que estaban orgullosos de mí. Yo les anuncié que, además de actor, ahora también iba a ser escritor, y ellos pensaban que era buena idea, y mi abuelo dijo que estaría en mis genes, aunque me dio la impresión de que esto último se lo comentaba más a mi madre que a mí.

Mi madre resolvió mi dilema, la nube de la que hablaba antes, cuando me contó que tenía que volver esa tarde al laboratorio y me preguntó si iba a ir al estreno con mi abuelo, que seguro que le hacía ilusión. Después, sobre el tranvía de camino al holódomo, aprendí que era el primer holo de vouldkas que mi abuelo iba a ver, lo cual quería decir el primer holo de Tony Galgas. Esto me extrañó un poco porque pensaba que era más culto, pero me confirmó que era él entonces el que mayor provecho sacaría de mi invitación, y eso significó aún una gotita más de alegría en mi bañera desbordante de aquella tarde.

En una mano llevaba mi muñeco de Terastrum (a quien pronto reemplazaría yo, claro) y en la otra uno de mis vouldkas, el que estaba agachado y enseñando sus colmillos, listo para atacar. Noté que mi abuelo estaba mirando el animal de plástico, con un rostro, me pareció, un poco melancólico.

-Mira- dije, dándole un pequeño sobresalto -cuando muevo su cola, abre la boca y ruge.

Le mostré lo que quería decir. Él sonrió y dijo que mi muñeco parecía de muy mal humor, probablemente porque era tan pequeñajo y feo.

-Abuelo, ¿tú has visto alguna vez un vouldka de verdad?

-Claro, hubo un tiempo en que era muy normal verlos. Pero hace ya muchos años que no hay en Nuevo Huston.

-¿Y no te daban miedo? ¿No te atacaban?

-No, a mí ninguno me dio nunca miedo ni me hizo ningún daño, al menos no más del que te puede hacer una persona.

-Eso será que tú eras más fuerte y te tenían miedo a ti.

-Sí, sería seguramente por eso.

Irene corría desesperadamente por las tortuosas y oscuras callejuelas de la ciudad invadida, frondosos rizos rubios y lágrimas de angustia fluyendo juntos en su estela (no era por ella que se preocupaba, sino por sus padres y hermano mayor, que estaban atrapados y a punto de ser devorados). De entre las sombras apareció de pronto un enorme voulka que me hizo saltar en mi asiento y que la atrapó por su vestido, desgarrándolo y tirándola al suelo. Irene intentaba desabrocharse el collar que había recibido de su tía mientras el monstruo la arrastraba por el suelo hacia su morada. Cuando lo consiguió, se abalanzó hábilmente sobre la bestia y utilizó el regalo para estrangularlo, hasta dejarlo tendido con su larga lengua púrpura fuera. Pero ahora más voulkas comenzaban a salir de todas partes, como ratas gigantes, y a cercarla, derramando saliva por sus horrendos pelajes grises. Cuando el primero de ellos saltó sobre la hermosa niña, tuve que cerrar los ojos y pedirle a mi abuelo que me avisase en cuanto podía volver a mirar. Durante unos momentos sólo oía gritos y rugidos espantosos, y entonces el conocido sonido de un látigo.

-Creo que ya puedes mirar, Mani.

Era Terastrum, con su látigo mágico, que había llegado en el último momento y estaba batiéndose contra el ejército de voulkas, y ganando.

-¡Ya no tienes nada que temer, Lewelyn -(así se llamaba el personaje de Irene Galgas) gritaba Terastrum entre latigazos -tu familia está a salvo y pronto nuestra ciudad volverá a ser libre y limpia de voulkas!

Y así fue. Mientras iban subiendo los créditos, una azafata muy guapa me preguntó si era Emanuel Clutz, y como dije que sí me tomó de la mano y me llevó por el pasillo entre las butacas hacia donde un hombre se acababa de poner en pie. Mi corazón se aceleró cuando me di cuenta de que se trataba de Tony Galgas. Era muy alto, con pelo hasta los hombros, un poco de barba y una camisa roja. Con una gran sonrisa se estaba dirigiendo a todo el público:

-Gracias a todos, niños, niñas, mujeres y hombres por estar aquí esta tarde. Como sólo se entraba con invitación, la mayoría de vosotros estáis relacionados de alguna manera con mi trabajo, así que entenderéis mejor que nadie lo gratificante que es para mí poder leer en vuestras expresiones todas aquellas sensaciones que os he intentado transmitir con éste mi último modesto esfuerzo hasta la fecha. Quisiera dar gracias a todos los que han contribuido a realizarlo, demasiados para nombrar individualmente ahora pero no para mi corazón.

Hubo un fuerte aplauso. La azafata y yo nos habíamos parado unos metros antes de llegar a donde él estaba. Tony hizo una pequeña reverencia y después continuó:

-Pero ahora toca hablar de otro escritor, uno que claramente comparte mis intereses y preocupaciones, y mis ganas de hacer un poco más felices a los demás. Se trata del ganador del I Concurso de Ensayo Juvenil de Nuevo Huston, Emanuel Clutz. Con esto Tony comenzó él mismo una nueva oleada de aplausos, me miró por primera vez y me hizo una seña para que me acercara. Me estrechó solemnemente la mano y después me cogió debajo de las axilas y me levantó para que todos me pudieran ver y aplaudir. Creo que me tuve que poner todo rojo. Luego me bajó y me dijo, bastante fuerte como para que todos oyeran,

-Bueno, Emanuel, si a todos les gusta tanto tu obra como a mí, tendrás realmente mucho éxito. Ahora, como sabes, te invito a mi humilde hogar a tomar algo y seguir discutiendo estos temas que tenemos en común, si quieres.

Yo quería decir algo inteligente delante de Tony y del público, pero creo que sólo moví la cabeza de arriba abajo. La azafata me volvió a tomar la mano y los tres nos dirigimos hacia una puerta cerca de la pantalla. De nuevo todo el mundo aplaudía y Tony agitaba un brazo en alto para despedirse. Yo hice lo mismo que él y busqué a mi abuelo, pero no lo veía por culpa de las luces. Tenía ganas de hacer pipí, pero pensé que sería inapropiado decirlo en ese momento.

En el otro lado de la puerta había un luftarraíl esperándonos. Nunca había estado en uno tan lujoso; había sitio para cuatro o cinco personas sentadas alrededor de una mesita, con una pequeña nevera llena de bebidas y cosas de comer. Lo más impresionante era que las paredes eran totalmente transparentes desde dentro, de modo que en cuanto nos habíamos incorporado a la vía podía contemplar la ciudad entera. A través del suelo, todo se puso enseguida borroso por la velocidad, pero se iba ralentizando a media que alzaba la mirada, y finalmente las cúpulas más lejanas y el círculo de nubes parecían casi inmóviles.

-No me has dicho aún qué te ha parecido mi holo, Emanuel.

-Ah, genial, me pareció genial.

-Me alegra mucho oír eso. ¿Has visto alguno de los anteriores?

-Claro, los he visto todos, muchas veces.

-Vaya, entonces eres todo un fan. Qué halagador. ¿Y en tú opinión, cómo se compara éste con los anteriores?

-Pues, creo que éste es el que más miedo da, y eso que es el que más mayor era yo cuando lo he visto, pero no importa.

-¿Te gusta sentir miedo?

-No, en realidad no, pero así el alivio es más grande cuando todo sale bien.

Tony Galgas echó la cabeza para atrás y rió muy fuerte.

-¿Y cómo sabes que todo saldrá siempre bien?- dijo la azafata con una sonrisilla. Era lo primero que decía desde que preguntó si yo era yo.

-Bueno, sería estúpido hacer un holo que termine mal: la gente saldría triste y les diría a sus amigos que no fueran a verlo, y entonces no serviría para ganar dinero.

Tony volvió a reír igual que antes y la azafata se cubrió la boca con la mano como para que no viera que se reía también, aunque era muy fácil saber que lo hacía, porque sus labios sobresalían por los lados. Entonces me di cuenta de que llevaba un cilindro negro atado a su antebrazo.

-¿Eso es un láser?- le pregunté señalándolo. La mujer pareció desconcertada y miró a Tony un momento. Después dijo,

-Bueno, sí, esto emite láser. Es un arma.

-¿Para qué lo llevas?

-Es muy arriesgado para alguien tan conocido como yo- respondió Tony por ella -ir sin algún tipo de escolta, Emanuel. Con tu talento literario y comercial, probablemente tú también necesites seguridad algún día. Creo que ya estamos llegando...

El luftarrañ descendió y volvió a subir en cuanto Tony y yo habíamos salido, mientras me despedía con la mano de la azafata.

-¡Bienvenido!- exclamó mi anfitrión exhalando la bocanada de aire que acababa de tomar, y más como si se lo dijera a la multitud de árboles y bichos de su jardín que a mí. Su casa, como las antiguas que a veces se ven en holos históricos, en vez de tener forma de cúpula, parecía a grandes rasgos una caja, aunque con muchos más adornos y piquitos que donde vivía yo.

Entramos por la puerta principal y pasamos a un gran salón lleno de muebles viejos, cuadros, estatuas de animales, y cosas extrañas que como no sabía lo que eran, ahora no puedo recordar muy bien.

-Por favor, como en tu casa. Siéntate donde quieras.

Me eché en un sillón muy alto desde donde mis pies no llegaban al suelo, pero eso era normal para mí, entonces. Tony se sentó en un sitio que no me pareció demasiado listo, un asiento con pinta incómoda delante de una especie de gran caja con patas.

-Seguramente nunca habrás visto uno de estos, ¿verdad, Emanuel?

-No- contesté con aire pensativo. -No que yo recuerde.

-Ya no se usan. Es una reliquia del Viejo Mundo. Su inventor, un tal Bartolomeo Cristofori, lo llamó "gravecembalo col piano e forte", pero después se quedó con el nombre de piano, que significaba flojito.

Con esto levantó una tapa que cubría un montón de rectangulitos blancos y negros y empezó a presionarlos con los dedos. Enseguida sonó de la caja una música muy bonita, que reconocí como la del final del holo que acababa de ver. Era muy raro ver como él iba dándole a los rectangulitos y cada uno hacía su sonido. Cuando terminó se quedó unos momentos contemplando el instrumento y después levantó bruscamente la cabeza y me miró sonriendo.

Vaya, qué mal anfitrión, no te he ofrecido ni siquiera algo de beber. ¿Qué te apetece? ¿Té, quizás? Yo suelo tomar a esta hora.

-Yo también- mentí.

-¿Con leche y azúcar?

-Sí, gracias.

-Casa, dos tazas de té con leche y azúcar.

Tony se levantó, abrió un puertecita en una pared y sacó dos tazas, una para él y otra para mí.

-Parece que además de a mí, impresionaste mucho al jurado,- comentó sentándose frente a mí -y lo que es más importante, al Presidente. Corrígeme si me equivoco, pero yo interpreté que tu personaje principal te representaba a ti, Emanuel.

Tony dio un sorbo de su té y me miró inquisitivamente.

-Lo digo- continuó -porque Timoteo es un niño como tú, que vive en Nuevo Huston con su madre y abuelo y que trata de encontrar a su padre, que desapareció cuando él era muy pequeño. A tu padre le pasó lo mismo, creo...

-Sí, casi no me acuerdo de él. Sólo que tenía barba y que me subía a su espalda y corría por el suelo a cuatro patas como si estuviéramos en un espectáculo y él fuera mi caballo.

-En tu cuento el padre de Timoteo lleva muchos años secuestrado por los Voulkas en el desierto, hasta que él lo libera. ¿Crees que eso es lo que pudo pasarle a tu padre?

-Mi madre sólo sabe que desapareció durante la guerra- dije mirando mi té y dándole vueltas con la cucharilla. -Todavía hay guerras contra los voulkas en otros lugares, ¿verdad, Sr. Galgas?

-Por favor, llámame Tony. Sí, aún hay guerras. Pero las guerras no siempre se ganan luchando. Muchas veces dependen de la moral de las personas involucradas, y de sus simpatías. Es muy complicado.

Yo asentí, muy serio.

-Sabes, yo podría intentar persuadir al Presidente para que te dé un cargo de Creador en el Ministerio de Arte y Conocimiento. Sé que te parecerá increíble, por tu corta edad, pero en realidad tu juventud eso es una gran ventaja. ¿Tú qué dices, si lo consigo, aceptarías?

Se me debieron de agrandar los ojos. Era verdad que me parecía increíble. En el fondo, estaba un poquito decepcionado, porque aún tenía esperanzas de que me diera el papel de Terastrum, pero Creador me parecía bastante bien. A lo mejor podría escribir guiones de holos, y dar algún papel a Irene Galgas. En realidad, seguro que me podría dar un papel a mí también.

-Sí, aceptaría- respondí tartamudeando un poco.

-Pues entonces no hay más que ir a hablar con el Presidente- exclamó Tony extendiendo las manos hacia los lados y sonriendo. Estaba casi siempre sonriendo. -Serías muy conocido, todos leerían tus cuentos. Sobre todo en aquellos lugares donde más afligida y confusa está la gente por la guerra.

-Tony...

-¿Sí, Emanuel?

-¿Puedo ir al servicio? Es que se me olvidó ir antes del holo...

-Claro,- parecía que le hacía gracia todo lo que yo decía -es por ese pasillo, la tercera a la derecha.

Nunca había estado en una casa tan silenciosa y oscura. Supuse que podría ordenar a Casa que iluminara un poco más el pasillo, pero preferí no hacerlo. Mientras hacía pipí, con bastante alivio, empecé a imaginar que quizás me encontraría a Irene Galgas, era su casa también, después de todo. Había esperado que tomara el té con nosotros, pero no me atrevía a preguntar a Tony por ella. Al volver del servicio, me di cuenta de que había una puerta encajada. Se me ocurrió que quizás fuera la habitación de Irene. Le di dos golpecitos tímidos. No hubo ningún ruido. Fui abriéndola lentamente. Había una cama grande en un lado, con una mesita de noche. Igual que el pasillo, no estaba muy iluminado. Entonces me

quedé de piedra. Por un momento pensé que había una persona mirándome, pero después vi su boca prominente, sus orejas puntiagudas, sus rodillas que doblaban al revés y su larga cola. Lo que pasaba es que en ningún holo había visto nunca a un voulka erguido sobre dos patas.

Como yo de todas formas estaba petrificado y no me iba a poder ir, me quedé mirándolo, y él también se mantuvo inmóvil. En vez de las típicas greñas mugrientas, éste tenía un pelaje marrón oscuro muy corto, que permitía verse su cuerpo sinuoso. Sus ojos violetas hubiesen sido casi humanos en otro color, y a pesar del miedo, tuve que admitir que era un animal muy bonito, hasta elegante. Pensé que quizás se tratara de una estatua, pero entonces torció un poco la cabeza y empezó a hacer un extraño sonido apenas audible, como si estuviera tarareando para sí, pero tuve la inquietante sensación que intentada decirme algo. Me estaba preguntando por qué no me atacaba cuando observé que tenía puesto un collar que lo encadenaba a la pared de detrás. Cautelosamente, me acerqué un poco para oír mejor el sonido que hacía.

-¿Emanuel?

Me di la vuelta rápidamente y vi entrar a Tony en la habitación. Por un momento me pareció verle un rostro severo en la penumbra, pero luego sonrió.

-Vaya, aquí estás. Ten cuidado, no te acerques.

-¿Es un voulka de verdad?- pregunté por decir algo.

-Sí, es de verdad.

Entonces Tony hizo un sonido algo así como:

-Craalek elalasteegnas shaa,- y el voulka se puso enseguida a cuatro patas y bajó la cabeza.

¿Lo has capturado tú, Tony?

-Sí, algo así.

-¿Y para qué lo tienes?

-Pues... esta voulka sabe hacer trucos. Así que la guardo como mascota.

-¿Trucos como los monos en los espectáculos?- trataba de imaginarme a este ser postrado delante de nosotros montando en monociclo y haciendo malabares.

-Sí, bueno,- Tony sonrió con sólo un lado de la boca y miró a su mascota -los trucos que hace ella son un poco más... ¿cómo lo diría yo?... íntimos. ¿Pero por qué no volvemos al salón, que se nos estará enfriando el té?

-Sólo una cosa- dijo seriamente Tony en cuanto hubo cerrado, esta vez con llave, la puerta de la habitación. -No debes decirle a nadie lo de mi voulka particular, ¿de acuerdo? Verás, las autoridades no lo permiten, pero yo la necesito para poder inspirarme y hacer mis holos. ¿Quieres que haga más holos, no es así, Emanuel?

-Claro que quiero.

-Entonces, ¿prometes que no desvelarás a nadie mi secretito?

- Lo prometo.

-Eres un gran chico, y estoy seguro de que llegarás muy lejos.

Terminamos nuestro té y hablamos un poco más de qué haría si me daban el cargo ese de Creador, y qué cosas querrían que escribiese. No volvimos a mencionar la voulka. Finalmente, me acompañó hasta el luftarraíl que había vuelto por mí.

-Ha sido un placer conocerte, Emanuel. Estaremos en contacto. Espero que pueda volver a invitarte pronto para que sigamos charlando.

Era la misma azafata la que me acompañó de vuelta a casa, aunque esta vez casi no hablamos. Cuando llegué, mi madre ya estaba en casa. Ella y mi abuelo al principio no se podían creer lo del cargo que Tony Galgas me quería conseguir, pero luego se pusieron orgullosos de mí. Después de cenar me dejaron quedarme a ver con ellos un mini-holo, que era muy aburrido pero en que salía una niña que me recordaba a Irene Galgas, y además así no me tenía que acostar todavía.

Me tuve que quedar dormido y alguien debió de llevarme en brazos hasta mi cama, porque en ella estaba cuando me despertaron risas. Dos personas estaban hablando: uno era mi abuelo y el otro parecía un hombre con un acento extraño, pero no lo reconocía.

-Pues no sé cómo lo conseguiste, Tolen,- decía el desconocido -pero el caso es que gracias a tu ayuda, aquí estoy.

-Fue muy fácil, nadie presta atención a un viejo decrepito como yo.

-¡Pero si tienes mucha mejor pinta que yo!

-Si, bueno, eso tampoco es que sea un gran mérito... Pero dime, ¿qué vamos a hacer?

Me levanté de la cama y fui sigilosamente hasta la puerta de mi habitación.

-Huir de aquí. Está todo preparado, pero habrá que partir lo antes posible. Por el momento podemos ir a vivir con mi familia en Temlash, ahí podremos iniciar una nueva campaña, esta vez para que la Confederación por fin se decida a intervenir.

-¡Djarlek!- Era la voz emocionada de mi madre. -¿Realmente eres tú, mi amor?

Abrí un poco mi puerta y asomé la cabeza para ver qué pasaba. Ahí, en el centro del salón, mi abuelo, con la sonrisa más grande que le había visto nunca, estaba contemplando como mi madre abrazaba a un gran y muy sucio voulka. Permanecí allí, mi cabeza una pequeña protuberancia a poca distancia del suelo, hasta que mi abuelo me vio y me dijo, - Mani, ven a conocer a tu padre.

Me acerqué, y el voulka, mi padre, se desprendió suavemente de mi madre y me miró. Este tenía el pelaje hecho un asco, pero estaba de pie, como la de Tony, y hacía algo que nunca pensé que harían los voulkas: estaba sonriendo.

-Hola, Mani,- me dijo con su voz rasposa. -Parece que has heredado la belleza de tu madre más que la mía, lo cual seguramente ha sido muy afortunado.

-No quiero interrumpir este reencuentro, pero ya habrá tiempo después- dijo mi madre.

-Mani, ya que estás levantado, recoge las cosas que más necesites y nos vamos.

Y así acabé viviendo aquí, con mis padres, abuelos, y ahora una hermanita, Karege. Como si fuera para compensar, ésta sí que se parece más a mi padre.